

Herman Raucher

* Autor de VERANO DEL 42 *



Sublime
amor
juvenil

En el verano de 1953, Billy Joe, un adolescente diecisiete años, perdió la vida al arrojararse por el puente del río Tallahatchie. ¿Por qué se suicidió? Aparentemente no había ningún motivo. Sin embargo, durante muchos años, la gente del condado siguió hablando de aquel extraño suceso que incluso inspiró una canción folk: «La balada de Billy Joe».

Inspirado en este hecho real, «Sublime amor juvenil» es el alucinante relato de un primer amor que terminó en tragedia. Narra la historia de Bobbie Lee, una atractiva joven de quince años. Su cuerpo se ha desarrollado, transformándose en una mujer que alberga toda clase de fantasías secretas. Cierta día aparece en su vida Billy Joe, y se inicia un apasionado romance que la familia de Bobbie Lee, de rígidos principios, no tolerará. El despertar a la sexualidad de ambos adolescentes es abrupto, violento. El sexo ha presentado sus credenciales y les arrastra con él. Bobbie Lee duda en entregarse a Billy Joe, aunque se siente dispuesta... Los hechos se desencadenan y aparece la tragedia. ¿Suicidio por amor?

La novela que ha escrito Herman Raucher nos da la clave de esta historia. El autor de aquel gran éxito que fue «Verano del 42» ha sabido captar con gran realismo este mundo adolescente y el nacimiento de la madurez sexual. Basándose en esta novela, que ha sido un bestseller mundial, la Warner Bros ha filmado la película «Sublime amor juvenil».

A mis mujeres

1

Había sido un día cálido y muy largo. Desde la salida del sol hasta la hora de comer, el tiempo había calentado el suelo hasta el punto de que andar descalzo era casi imposible, incluso para los lagartos. El sudor brotaba fácilmente, deseoso de mostrarse. Tampoco estaba vedado a nadie.

Bobbie Lee se irguió y echó atrás los largos cabellos. Los tenía mojados, como si hubiera estado buceando y saliese a la superficie bajo una burbuja de algo suelto y pegajoso. Ojalá pudiese abreviar épocas como ésta. Noches frescas y luna llena... Se alegraba de no haberlo hecho.

Miró a su hermano James, que nunca paraba de trabajar. Por muy mal que le fuesen las cosas a James, si empezaba a desmochar algodón o a segar heno terminaba debidamente su trabajo antes de que su máquina empezase a fallar. James era un trabajador «cabal». Todo cuanto empezaba tenía que terminarse, y nunca le quedaban cabos sueltos. Buen chico, James.

A Bobbie Lee le gustaba James. Siete años mayor que ella, era veintisiete veces más listo. Últimamente llevaba una vida muy intensa. Chicas, principalmente. Lo llevaba en secreto y esto no era de su incumbencia, pero sabía de una de ellas: Belinda Wiggs. Sabía lo de Belinda, pero nunca hablaba de ello con James; en especial porque estaba casi segura de que James sabía lo de Billy Joe McAllister, y esto no debía discutirse en absoluto.

James tenía los brazos llenos de venas que recorrían la cara externa, como los de su padre. Unas venas tan abulta-

das que, cuando era pequeña, Bobbie Lee temía siempre que el menor corte dejara sin sangre a su hermano. Los varones Harley eran nervudos; las hembras eran delgadas, pero suaves. Aunque no era fácil, Bobbie Lee y mamá sabían conservar esta suavidad.

Aunque todavía no habían empezado las vacaciones de verano en el colegio, Bobbie Lee tenía que ayudar en las tareas de la granja. Saltaba del autobús y se dirigía al campo con sólo un «¡Hola, mamá!» y una limonada para hacer más agradable el camino. Algo parecido le ocurría a James, que cuando terminaba en el aserradero tenía que hacer horas extras en la finca familiar. Pero esto no era raro en la región del Delta. Los únicos muchachos que no trabajaban en el campo eran los que estaban enfermos o se habían escapado. Una vez, al llegar a la pubertad y debido a la menstruación, Bobbie Lee se negó a ir al campo a trabajar. Papá no le dijo nada. No la riñó ni la amenazó, pero cuando se sentaron a comer todos los demás tenían los platos llenos, mientras que en el de Bobbie apenas había para alimentar a una mosca. Y cuando preguntó el porqué, su padre, con la boca llena, murmuró:

—Nada en el campo, nada en el plato.

Había dicho la suya, como siempre. Papá podía siempre decir las cosas como si éstas estuviesen escritas en la Biblia, con el nombre de ella en el título del capítulo: «Capítulo 33, versículo 14: Bobbie Lee no trabajó y, por tanto, no comió». No es de extrañar que, siendo Papá diácono baptista, Bobbie Lee nunca dejase de acudir al trabajo, ni dejase de comer.

Ahora James se irguió y, para mantenerse en esta posición, colocó los brazos en jarras. Miró al cielo para averiguar la hora: podía calcularla casi al minuto... Papá y James, e incluso Mamá, sabían hacerlo. En cambio, Bobbie Lee miraba al cielo y lo único que podía adivinar era el día..., que, en este caso, era el 3 de junio de 1953.

Regresaron juntos a casa, ella y James, sin decir palabra. Y ella pensó que realmente se tenía que querer a una persona para sentirse cómoda a su lado sin necesidad de alborotar con charlas y tonterías.

También le convenía no tener que recurrir a la conversación, especialmente esa noche, pues muchas cosas bullían en su cabeza. Estaba preocupada por Billy Joe, que aparecía y desaparecía por las buenas, ocultándose en los bosques y maniobrando de noche como una aparición; asustándola francamente con las cosas que decía. Ella sabía que la gente le buscaba y, en primer lugar, su padre; pero Billy Joe le había hecho jurar, más o menos, que no diría a nadie que le había visto dos veces desde su desaparición, y que volvería a verle cuando él regresara a casa, después de lo cual todo se arreglaría entre ellos. ¿No sería estupendo?

Ella estaba enamorada de Billy Joe, y lo estaba desde hacía tanto tiempo que le era imposible distinguir el dolor del gozo que le producía. Todo había llegado en el mismo paquete, entregado en la puerta de su casa. «Para Bobbie Lee Hartley, Webb, Tallahatchie County, Mississippi». Todo aumentado por el hecho de que —estaba segura— nadie tenía la menor idea de que ella y Billy Joe se veían en secreto desde hacía meses. Papá, aunque estaba en la higuera, no tenía que esperar. Que sólo tenía quince años.

Tener quince años era terrible. Tenía la abrumadora impresión de tener quince años desde hacía treinta y cinco, y de que seguiría teniéndolos por otros cuarenta y siete. La afligía pensar que Julieta sólo tenía catorce cuando se entregó a Romeo. ¡Catorce años! Ella tenía ya quince; su cuerpo se había espigado y desarrollado y albergaba toda clase de fantasías secretas. Y ahora Billy Joe McAllister había entrado en escena..., diabólicamente, apasionadamente y, por último, misteriosamente. Algo excitante y dramático, que, desde hacía un tiempo, se había vuelto bastante terrible. Pero el tiempo pasaba, y el tiempo diría. Ahora lo esta-

ba sudando. Y Tallahatchie County, en verano, era el mejor sitio que podía encontrarse para sudar.

Mamá apareció en la puerta de atrás y salió al porche como una figurita de un reloj suizo, automáticamente y en el momento exacto en que Bobbie Lee y James llegaban por el camino enladrillado. Mamá no necesitaba siquiera mirar por la ventana. Era algo instintivo. Sabía cuándo sus hijos volvían a casa.

Se enjugó las manos en el delantal, como hacía siempre. Y gritó, como siempre hacía:

—¡Acordaos de restregar los pies en la estera!

Y Bobbie Lee y James respondieron:

—Sí, mamá.

Como siempre, como si fuese un santo y seña.

Cuando entraron en la cocina, Papá se estaba lavando en el fregadero, y flotaban buenos olores en el aire. Era una casa muy linda, limpia y aseada. Siempre recién pintada. No tenía luz eléctrica, pero no porque no pudiesen pagarla, sino porque los cables de la electricidad no llegaban tan lejos en las zonas rurales. Hasta hacía poco tampoco tenían agua corriente, debido a que el lavadero exterior era como un miembro de la familia: prescindir de él habría sido un sacrilegio. Eso decía Papá cuando le presionaban demasiado sobre esto. Pero ahora no había ya problema, porque tenían la instalación, gracias a la insistencia de Bobbie Lee y a que Papá había querido ver la luz.

Bobbie Lee accionó la manija de la bomba para que se lavase James, y éste hizo lo propio para que se lavase ella. Mamá tendió a ésta una toalla y miró a Bobbie Lee directamente a los ojos, intentando sopesar las palabras, tratando de adoptar un tono natural, pero consciente de que esto era imposible.

—Noticias de Choctaw Ridge. Parece que Billy Joe... ¿McAllister? Parece que se arrojó por el puente del Tallahatchie. —Y como si no pudiera haber la menor duda sobre el resultado de semejante acción, añadió—: Está muerto.

Bobbie Lee vio cómo Mamá daba media vuelta y se alejaba. James siguió a Mamá, y ambos se reunieron con Papá en la mesa. Sin duda comentaban el asunto, pero lo mismo daba que hablasen fuerte o en voz baja: Bobbie Lee no oía nada. Sólo las palpitaciones de su corazón, un latido de elefante sobre un tambor. Sabía que estaba a punto de desmayarse; por consiguiente, volvió a lavarse la cara, una y otra vez, dándole a la bomba, cogiendo con las manos el agua fría y llevándola a su cara, mojiéndola bien... Como si de este modo pudiese lavar... las palabras de Mamá, las terribles palabras de Mamá.

Mamá volvía a estar a su lado, apoyando una mano en la de Bobbie Lee, obligando a ésta a detener la bomba.

¿Oíste lo que dije, Bobbie Lee?

—Sí, mamá.

Será mejor que vengas a comer. Sólo un poquito. ¿Hasta qué punto estaba enterada?

—Sí, mamá.

Siguió a Mamá a la mesa, donde James la miró de un modo extraño: una mirada de reojo que desvió en cuanto se cruzó con la de ella. Bobbie Lee se sentó en su sitio, pero leída la impresión de que no estaba allí. Y pronto las terribles palabras fueron penetrando, poco a poco, a través de pequeñas rendijas, abriendo diminutos boquetes en el muro protector levantado rápidamente por Bobbie Lee. Palabras sueltas que ahora se ordenaban para formar una frase. La frase que se clavaba como una flecha en su cerebro: «Billy Joe McAllister se ha arrojado por el puente del Tallahatchie». Morir, muriendo, muerto. Adiós, good-by.

Sabía que no podía discutirlo con nadie. En primer lugar, Mamá nunca contaba chismes. Por otra parte..., era exactamente lo que Billy Joe debía hacer. Exactamente. ¿Cómo no lo había previsto?

Oyó que los otros seguían hablando. Mamá y Papá y James. Papá decía:

—Bueno, Billy Joe nunca tuvo ni pizca de sentido común. Pásame los bizcochos, por favor.

Y James, tratando de parecer indiferente, porque trabajaba en el aserradero con Billy Joe y le conocía bastante bien, repuso:

—Yo tomaré otro pedazo de pastel de manzana.

Y Mamá la tocó a ella y le dijo:

—¿No tienes apetito, muchacha?

Tal vez Mamá sabía algo y sólo pronunciaba palabras para llenar el silencio, resuelta a no insistir sobre el tema hasta que Bobbie Lee fuera la primera en decir algo... Cosa que ella no hizo. Prefirió mantener la vista fija en el plato y pinchar, ahora una patata, luego un guisante.

Mamá siguió diciendo:

—El hermano Taylor ha pasado por aquí. Ha dicho que estaría encantado de cenar con nosotros el domingo. ¡A propósito! También ha dicho que vio a una muchacha que se parecía mucho a ti... y que junto con Billy Joe McAllister arrojaba algo por el puente del Tallahatchie.

Entonces era él quien les había estado observando. El hermano Taylor. Siempre escurriéndose de un lado a otro, siempre espiando y tratando de oír algo. Una actividad muy poco digna de un religioso.

Bobbie Lee se levantó y pidió, automáticamente, que la disculpasen.

—Pero si no has comido nada... —dijo Mamá.

Pero Papá intercedió, y le dieron permiso para retirarse.

Ya en su habitación, trató de poner orden en sus pensamientos. Se tumbó en la cama, en su cama, y procuró ordenar los confusos pensamientos, hasta obtener algún significado. Pero no tenía nada a lo que agarrarse. Sus manos yacían cruzadas sobre el estómago, y apretó los dedos contra el vientre. ¿Dónde estás, Billy Joe? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has hecho una cosa así, Billy Joe?

No llegó ninguna respuesta, quizá porque no formulaba preguntas: sólo rumores de angustia. Un muchacho ha

muerto en el río Tallahatchie. Quizá lo recuerden... ¿Billy Joe McAllister? No valía mucho. Probablemente no habría hecho carrera. Pero, ¿saben que alguien le amaba? Apuesto a que no.

2

ELLA TENÍA ALREDEDOR DE SEIS años, y él nueve. El padre de él tenía un trozo de terreno contiguo al de ellos, el cual nunca rindió mucho y que finalmente vendió al Papá de ella por un precio justo. Puesto que Papá conocía mejor la tierra, la hizo producir. Sin embargo, durante un par de años ella vio a Billy Joe de vez en cuando, montado en el tractor, detrás de su padre, gritando y aullando como si el tractor fuese una diligencia perseguida por los comanches. De vez en cuando también jugaban juntos, principalmente porque ninguno de los dos tenía a nadie más con quien jugar, a excepción de James, que era mucho mayor y adoptaba aires de superioridad; por consiguiente, raras veces estaba disponible.

Billy Joe era muy vehemente, pero también amable. Y podía ser divertido. Siempre conseguía hacerla reír; aunque la mitad de las veces ella se reía sólo por complacerle. En una ocasión, cuando una serpiente inofensiva la mordió en un tobillo, él chupó el veneno de la herida, y a ella eso le gustó. Otra vez, cuando estalló una repentina tormenta y tuvieron que correr a refugiarse en el henil, él cayó encima de ella sobre el heno, y eso también le gustó. Y cierto día, cuando fueron todos al cine en Carroll County —Billy Joe, Tom Hargitay y su hermano James— y entre todos le pusieron una rana en la espalda, eso *no* le gustó tanto. Con los chicos hay que tomar precauciones. Eso lo aprendió bastante pronto.

Entonces los McAllister se mudaron. A Jackson, según oyó decir, donde no volvería a ver a Billy Joe. ¡Qué se le iba a hacer! Y la soledad cayó sobre ella como una plaga. Y ella se refugió en Benjamín, que era un viejo muñeco de trapo al que rápidamente confirió poderes humanos. Dondequiera que fuese, llevaba consigo a Benjamín. Y comía con él, insistiendo en que se le guardara un sitio en la mesa. Y dormía con él, porque la protegía de los demonios nocturnos y porque tenía una sonrisa que la hacía sentirse segura.

Pero, sobre todo, le gustaba hablar con Benjamín. Esto, al cabo de unos meses, empezó a preocupar a Papá, aunque Mamá decía que era perfectamente normal. Sin embargo, cuando cumplió los once años, Mamá empezó a reconocer que parecía extraño que una chica de su edad no pudiese ir a ninguna parte sin su muñeco. Por eso tuvo que dejar a Benjamín en el baúl de los tesoros de su infancia, a fin de que continuara sonriendo entre otros artículos anticuados de su vida.

Todavía lo conservaba a mano, para hablarle y hacerle confidencias cuando estaba a solas en su habitación. Y cuando *salía* de ésta, *continuaba* hablándole, porque Benjamín podía volar, invisible, desde el baúl de los tesoros hasta donde estaba ella, al primer aviso, cuando se sentía sola o asustada. Como aquella vez que se imaginó que tenía un ataque de apendicitis y no era más que a consecuencia de haberse comido tontamente una manzana verde. Benjamín sabía, incluso antes de llegar el médico, que Bobbie Lee se pondría bien. De no ser así, ¿por qué iba a sonreír?

En todo caso, ella sólo se avenía a charlar con el invisible Benjamín cuando no había nadie, ya que sabía que esto habría extrañado a cualquier observador casual. Sin embargo, en más de una ocasión James la había descubierto y la incordió implacablemente. Y Mamá había reñido a James, y se había llevado a Bobbie Lee para decirle, no que no vol-

viese a hablar con Benjamín, sino que procurara que su padre no se enterase de ello.

Y los años fueron pasando, hasta que cumplió los trece, una edad delicada que trajo consigo nuevos temores y confusiones. Mamá le explicó las cosas de la vida, y ella las explicó a su vez a Benjamín, el cual se limitó a sonreír. Ella se enfadó con Benjamín y lo tuvo encerrado en el baúl más de una semana, después de lo cual le perdonó, le amonestó y le conminó para que no tuviese malos pensamientos sobre cosas que Dios quería que fuesen hermosas.

Y su cuerpo cambió, y se sintió como una intrusa que morase en un cuerpo de mujer que requería más atenciones y cuidados que el cuerpo infantil del que se había desprendido, dejándola en una especie de capullo. Un milagro de la naturaleza, diría Mamá. Pero era también un dolor agudo en el cogote, sobre todo en verano, cuando no podía corretear desnuda de cintura para arriba, porque «no era propio de una dama».

Sus primeros sujetadores le hicieron comprender, rápida y dolorosamente, lo que debe de sentir un caballo cuando le ponen por primera vez el bocado y las bridas. Se agitó y pataleó, y gimió y se encabritó, y le sirvió de poco que Mamá le dijese que era algo por lo que toda mujer tenía que pasar.

—¿Por qué tenemos todas que pasar por ello? —chillaba Bobbie Lee.

Y Mamá no podía darle ninguna respuesta, salvo que era una especie de tradición, como la perforación de las orejas o el vendaje de los pies, y que por esto le apretaban a una los pechos y se los levantaban como el parachoques de un Ford.

Y después... el milagro. El regreso de Billy Joe McAllister. Salido de las brumas del pasado. Dieciséis años de edad, y musculoso. Un poco flacucho, desde luego, pero un hombre a fin de cuentas, y con unos ojos tan azules que hacían parecer grises los de ella. Los McAllister habían re-

gresado a Tallahatchie County por razones que Bobbie Lee no sabría nunca, aunque era lógico pensar que habían echado a perder otra finca. Lo mismo daba: Billy Joe había vuelto, y era un estudiante veterano. Y Bobbie Lee también estaba allí, aunque era novata... Sí, sus mundos eran diferentes.

Eran como dos desconocidos. Él se había olvidado de ella, o había resuelto deliberadamente no recordarla. Y ella lamentaba ahora que hubiese vuelto, pues había destruido la belleza de sus recuerdos, la brillante evocación de un pasado glorioso. Ni un ademán por parte de él, ni un gesto de reconocimiento; nada. Y por eso, ella, imitando sus modales, levantaba medio palmo la nariz cada vez que se cruzaban en el pasillo del colegio, como si en el techo hubiese algo escrito, o como si el techo se les viniese encima.

Fue una guerra de desgaste, una contienda para ver quién resistía más. Y ninguno de los dos cedía un centímetro ni pedía tregua. Llegó a pensar que quizás él no la recordaba realmente. A fin de cuentas, la última vez que la había visto no era más que un manojito de huesos, y ahora, de pronto, tenía protuberancias y todo lo demás. Pero, ¡maldita sea! ¿Cómo podía él olvidar tan fácilmente? ¿Cómo podía olvidarse de la serpiente, del henil y de la rana? Debía ser muy torpe para no recordar aquellos preciosos momentos de sus vidas.

Llegada a este punto, le dijo a Benjamín que Billy Joe no tenía sentimientos y que no valía la pena ocuparse de él. Y Benjamín le dio la razón. Y así pasó casi un año. Eran como dos barcos que se cruzaban en el pasillo, con sus narices como mástiles y su orgullo como cargamento.

Hasta que un día —nunca pudo saber cómo llegó allí— encontró una nota en su libro de Historia, escrita en un pedazo de papel amarillo. «*Me acuerdo de ti*». No llevaba firma, pero sólo podía ser de Billy Joe, porque era el único chico del colegio que la conocía de antes. Todos los demás eran conocidos de poco tiempo atrás. Sí, *tenía* que ser de

Billy Joe. Asombroso, Bobbie Lee. Elemental, querido Benjamín.

Pasó una semana desde la aparición de la nota anónima, pegada como una marca en la página 34 de la «Guerra Civil». Y entonces, un jueves, al cruzarse de nuevo los dos en el pasillo, él metió toscamente otro pedazo de papel en su libro, casi haciéndola caer en su torpe atolondramiento. La nota decía: «*Eres Bobbie Lee Hartley*».

«Estupendo —pensó ella—. Me dice quién soy. Me recuerda el único hecho indiscutible de mi vida: mi nombre. Benjamín, ese chico es tonto».

Benjamín estuvo de acuerdo.

Pasaron más días y Bobbie Lee empezó a sospechar que había terminado su animada correspondencia. También empezó a sospechar que tal vez el muchacho era tímido: la única explicación que Benjamín podía comprender.

«Muy bien —pensó ella—, si es así, yo haré la próxima maniobra». Y durante dos días guardó una nota en el bolsillo y pasó una y otra vez por el pasillo, como un centinela, esperando que Billy Joe se dignara a dar señales de vida. Cuando éste apareció, se acercó a él, sonrió en silencio, le cogió un libro, lo abrió, metió su nota en él, se lo devolvió... y se alejó como si no hubiese pasado nada. Su nota decía: «Sí, soy yo». Era lo más lejos que se atrevía a ir, dadas las circunstancias, pues en modo alguno quería parecer descarada o agresiva; *chiflada* podría ser la palabra adecuada.

Era misteriosa su manera de orientarse en el pasillo. Ella caminaba siempre de este a oeste, y él, de oeste a este, único modo de cruzarse oportunamente. Cualquier observador interesado —de hecho, no había ninguno— habría pensado que aquel par de enamorados «de vista» pasaban más tiempo en el pasillo que en la clase. Por fin, ella recibió otra nota. Le vio venir y observó el retazo de papel amarillo en su mano. Por consiguiente, se detuvo, abrió su libro y